

LLUVIA Y AURORA

Aurora vivía en una pequeña cabaña de madera que su padre construyó en el bosque para ella. Era una casa de jugos, casi una miniatura, pero sus padres murieron cuando ella tenía diez años y la casa de juguete se convirtió en su hogar.

No estaba sola. La presencia silenciosa de su hermana gemela le hacía compañía. Su hermana nunca tuvo nombre ni una tumba donde descansar. Cuando murió, echaron su pequeño cuerpo al lago de las montañas, con los animales muertos. No era necesario más, le dijo su madre, porque la niña murió al nacer, antes de que pudiera ser bautizada. Pero Aurora sabía que su hermana había tenido un alma, en algún momento, en algún lugar, y que esa pequeña alma ignorada seguía entre nosotros, vagando desconcertada por entre los bosques, buscando incansablemente un pequeño ataúd blanco donde cobijarse en las noches frías.

Su hermana se llamaba Lluvia. Así lo decidió Aurora una noche de tormenta, porque no estaba bien que un alma tan pura no tuviera nombre. El agua bendita nunca llegó a besar su frente, pero su cadáver diminuto había recibido la bendición de las hadas del bosque, el amor incondicional de una Naturaleza benévola que la había acogido en su seno sin importarle el pecado original que todavía dormía en ella.

Aunque no era más que una presencia intangible –nada quedaba ya de su cuerpo diminuto, pues hasta los huesos habían sido devorados por los peces de agua dulce –, Lluvia todavía conservaba su naturaleza dual. En ella moraban el bien y el mal, indisolubles en su eterno brazo. Al no haber nadado en la pila bautismal, la hermana muerta todavía albergaba el pecado dentro de ella. El alma de Aurora, por el contrario, estaba condenada al tormento inevitable de la mala conciencia.

El día en el que Lluvia y Aurora cumplieron trece años, un extraño llegó a la casa de muñecas. Cuando entró en la diminuta cabaña, Lluvia huyó, impelida por una fuerza superior.

El extraño era el pastor de la Iglesia. Quería que Aurora hiciera la Primera Comunió..

Sin Lluvia, Aurora se sintió indefensa. Por ello, cuando el pastor levantó su mano para trazar el signo de la cruz sobre su frente, y bajarla después para acariciar su boca y sus pequeños senos de ninfa, Aurora ni siquiera se movió. Sentía la presión de los dedos del hombre, calientes y sudorosos, dibujando extraños dibujos sobre su carne, pero nada podía hacer la niña para librarse de esas caricias que le quemaban. Lluvia no estaba y su maldad no podía ayudarla.

Consciente de su poder, el pastor le miró a los ojos, besó sus labios inmóviles y, con la mano abierta, empujó su cuerpo hacia atrás. Estirada sobre el suelo de madera, Aurora notó la presión de un cuerpo lleno de duros relieves y, finalmente, una punzada en el vientre, un violento aguijonazo que le hizo temblar de dolor. La densa humedad de un líquido ajeno la manchó para siempre. Ya era demasiado tarde. El espeso río del mal corría imparable por el interior de su cuerpo.

Lluvia no estaba y Aurora lloraba, sola ante el dolor.

Cuando el pastor, después de interminables minutos de besos húmedos y caricias hirientes, se separó de ella, le hizo una siniestra promesa. Antes de que acabara la primavera, volvería. “La catequesis no puede darse en un sólo día” –le dijo– y Aurora volvió a llorar.

Cuando la figura del pastor se fundió con el horizonte, la niña salió enloquecida de la casa y se fue corriendo hacia el lago. Aurora entró en el agua traslúcida sin hacer ruido. Su cuerpo se llenó de hojas secas, ramas secas y demás cuerpos minúsculos que flotaban en la superficie. La suave luz tamizada por

las copas de los árboles le daba a su piel tan blanca un reflejo dorado. Aurora parecía una ondina, una princesa de las profundidades, rivalizando en belleza y melancolía con la misma dama del bosque.

Lluvia también estaba allí, semioculta en el ramaje del árbol más alto que pudo encontrar. Aurora no podía verla, pero sabía que se encontraba cerca. Un fuerte olor a tierra húmeda, el olor de su pequeña alma insepulta, delataba su presencia.

–¿No ves lo que me han hecho? –le dijo Aurora alzando el rostro hacia la oscura arboleda– ¿No lo ves? Todas las criaturas del bosque han sido testigos de mi dolor y tú... ¿tú donde estabas, Lluvia? ¿Dónde estabas cuando ese hombre me ensuciaba con su boca negra? ¿Cuando hundía, una y otra vez, su retorcida raíz en mi vientre? Cerré los ojos y te llamé, pero tu no viniste... ¿por qué?

Lluvia callaba, acurrucada dentro de un nido abandonado. Cerró los ojos y sobre sus pestañas cayeron dos gotas de rocío. Una alondra cruzó el bosque con la velocidad de un rayo, emitiendo un chillido cortante, desolador.

Lluvia callaba porque no sabía cómo decirle a su hermana que ella no podía entrar en la casa de Dios ni luchar contra sus vasallos. El pastor podía haber acabado con su alma simplemente echándole unas gotas de agua bendita. Moriría, moriría para siempre, y abandonaría definitivamente sus queridos bosques. Lluvia tenía miedo del pastor, de su olor a incienso, de su poder sobrenatural. Nada podía hacer para combatir su lujuria.

–Él te ha elegido para que seas su esposa en la Tierra –contestó Lluvia–. Y yo no puedo impedirlo. El ardor de un hombre es imparable.

–¿Por qué? ¿Por qué Lluvia? ¿Por qué no puedes hacer que se vaya? ¿Por qué no puedes interponerte entre mi cuerpo y el suyo?

–Porque tu cuerpo es blando como el musgo joven y tu larga cabellera, casi tan blanca como tu piel, y tus ojos violetas atraen a los hombres de Dios. Y yo, mi dulce Aurora, yo soy un alma sin cuerpo y nada puedo hacer para alejar de ti esas manos tan ardientes.

Aurora calló, cerró los ojos y se sumergió en el agua. Quería morir, pero su cuerpo se resistía a hacerlo. No era su hora. Todavía no. Debía sufrir unos años más, purgar el pecado original. Sentía frío, mucho frío, pero no quería salir del agua, no hasta que pudiera sentirse totalmente limpia, pero ella no sabía que nunca recuperaría su pureza de niña, la blancura impoluta de su vida anterior.

Tal como prometió, el Pastor volvió antes de la primavera. Con él trajo su Biblia, su rosario y su ingobernable deseo. Aurora sabía que no podía contar con la ayuda de Lluvia. La única solución, por lo tanto, era huir. Cuando oyó sus pasos, amortiguados sólo a medias por los blandos líquenes del camino, saltó por una angosta ventana y se internó en el bosque.

Y la niña corrió, ayudada por la fuerza del viento. Corrió tanto que parecía volar, volar por encima de los árboles más altos. Cada vez se sentía más libre, más feliz, gracias a las alas que le había dado el bosque. Pero su liberadora carrera se truncó cuando el Pastor, enardecido por sus ansias de poseerla, le enlazó con salvaje lujuria y la derribó.

El hombre resoplaba de cansancio y deseo. De un manotazo, le arrancó su ligero vestido y Aurora, agotada e indefensa, se dejó abrazar por la tierra húmeda, su tálamo y su cadalso, el mullido lecho donde el pastor, por segunda vez, horadaría su pureza de niña.

Mientras el hombre se afanaba en poseerla, Aurora miraba al cielo y lloraba. “¿Dónde estará Lluvia ahora? –pensaba– ¿está ella siendo testigo, como lo son los árboles y las criaturas del bosque, de mi humillación y de mi vergüenza?”

–Sí –le contestó Bosque–, ella lo sabe y prepara su venganza. Este es tu último sacrificio, dulce Aurora, el último. Ya no tendrás que sufrir más. Tu hermana es poderosa y pronto se obrará el milagro.

–¿Qué milagro? –le preguntó Aurora– ¿Qué milagro puede librarme de esta tortura insoportable?

–Tú no debes hacer nada –bramó Bosque–. Cuando el infame haya acabado su labor, quédate quieta y deja que la tierra te dé su fértil abrazo. Quédate quieta durante dos días, sin comer ni beber, para que tu vientre acoja la semilla y la caliente con tu sangre. No derrames el líquido denso que quedará en tus entrañas...

–¿Ese líquido vergonzoso que ha corrompido mi cuerpo?

–Y que se convertirá en agua bendita cuando irrumpa en tu vientre y se mezcle con tu sangre tan pura.

–¿Y qué pasará entonces?

–La divina semilla crecerá dentro de tu carne. Se formarán pequeños brazos y piernas, ojos brillantes como amatistas, cabellos suaves, vísceras palpitantes y, sobre todo, un corazón alimentado de venganza, tu venganza. Cuando el pequeño ser llegue al mundo, le regalarás su cuerpo a Lluvia. Su alma encontrará cobijo en esa carne tan perfecta y destruirá lo que quede del pastor en ella. Podrás tocarla, Aurora, por fin podrás acariciar a tu hermana, y besarla, y ser feliz. La nueva criatura limpiará el pecado de tu cuerpo y juntas os enfrentaréis al mundo. Hazme caso, dulce niña, acepta la savia corrompida de ese hombre que jadea sobre ti. Bésalo incluso, acaricia su áspera piel. Él no sabe que está firmando su sentencia. El no sabe que está ayudándote a crear el ser que le destruirá. ¿No te satisface, dulce Aurora? ¿No disfrutas ahora de esta rítmica penetración? ¿No desearías que este instante se prolongase para siempre? Bésalo, niña, contornea tu cuerpo para aumentar su placer, arquea tu espalda... así él te regalará con una savia todavía más rica, más fértil. Cuando antes la derrame, antes morirá.

Y Aurora se afaná en complacer a ese hombre que, agradecido y sorprendido, más intensamente la amó, hasta deshacerse por completo dentro de ella. La besó, la acarició un millón de veces y le prometió que, antes de que la próxima primavera, volvería. Esa vez para darle la Primera Comunión.

Tal como dijo Bosque, un pequeño ser creció dentro de Aurora, pero Aurora, demasiado afectada por el agravio que había sido víctima, enloqueció. Había abandonado la casa de muñecas, el escenario feliz de su infancia, y vagaba por los bosques con pasos erráticos y dispersos. La niña se internaba en el bosque cada vez más, acercándose a la zona prohibida, allí donde ningún ser humano había entrado jamás. Su obsesión era alejarse del pueblo, alejarse del maligno influjo del Pastor.

En su loca huida, Aurora no temía los aullidos de los lobos ni el frío nocturno que erizaba su piel. Dormía sobre lechos de hojas secas perfumadas por la endrina. Los susurros del bosque eran su canción de cuna y el helor de las estrellas su única cobija. En su cuerpo, numerosas heridas teñían su carne de mil colores traslúcidos. La sangre se secaba sobre su piel y se convertía en cicatrices eternas, las tristes huellas de su inalterable dolor.

Su cuerpo se descomponía en vida pero, en su interior, latía una víscera henchida de sangre fresca, una víscera que succionaba poderosamente desde el interior de su cuerpo, dejándole extenuada. El pequeño ser luchaba por apoderarse de la escasa fuerza que todavía quedaba en ella y la niña lo odiaba por ello. Su vientre crecía y, por la noche, se movía, adquiriendo formas imposibles, grotescas. Aurora tocaba su vientre y se estremecía, pues realmente pensaba que, en su interior, el Pastor le había introducido un demonio, el testimonio viviente del pecado, de su pecado.

Desde las copas de los árboles, Lluvia la seguía a distancia. Sabía que nada podía hacer por su alma perdida, tan sólo esperar, esperar a que tuviera lugar el milagro. Aurora ya no la llamaba para hablar en las noches tristes y, en su mirada, nada quedaba de aquel indisoluble amor fraternal. Aurora había perdido el corazón, consumido por tanto sufrimiento, y nada parecía conmovérla. En su cuerpo exhausto sólo latía su vientre, tan poderosamente que hasta las aves más sabias huían asustadas, como si previeran un seísmo. Y Aurora yacía sola en un claro del bosque, con su abultado vientre apuntando hacia el cielo, aplastándola, hundiéndola en el barro, enterrándola en vida.

Pero una noche, Aurora gritó. Gritó tan fuerte que hasta el gran Bosque silenció cada uno de sus mil sonidos. La niña sintió un dolor tan hondo, tan fiero, que se creyó morir. El cuerpo se le partió en dos, produciendo un murmullo acuoso, casi marino. Las entrañas se abrieron por completo, como una boca múltiple repartiendo decenas de besos. La sangre manaba, coagulándose entre sus piernas. Blandas gemas de color pardo manchaban su cuerpo mientras un líquido denso brillantaba sus muslos abiertos. La gran víscera le destrozaba por dentro, quemaba su carne todavía tierna, abriéndose paso por el interior de su cuerpo. Se estaba librando una batalla desigual entre la carne exhausta, agónica, de la niña y la poderosa fuerza de la víscera fresca.

Finalmente, la víscera ganó. Una masa húmeda y sanguinolenta se escurrió rápidamente por entre sus piernas y cayó sobre la tierra. Aurora cortó con los dientes el cordón que todavía le unía a ella y respiró. El pecado había sido escindido. De nuevo libre, recuperó su cordura. A pesar de su inmenso cansancio, se puso rápidamente de pie, miró hacia el frente y respiró hondo. Ya estaba lista para volver a su hogar, y así lo hizo, alejándose del bosque rápidamente, esta vez con paso firme y decidido.

Fue Lluvia la que recogió el pequeño cuerpo que había quedado en la tierra, quién lo heló con su aliento de muerta y quién acabó, rápidamente y sin dolor, con su incipiente vida. Lluvia llenó la boca del bebé de tierra esponjosa y, en unos segundos, la niña murió, dejando su cuerpo perfecto a disposición de su alma errante, quién entró en él y lo llenó, devolviéndolo de nuevo a la vida.

Tras años de espera, Lluvia había recuperado el cuerpo que le arrebataron nada más nacer. Ahora su hermana ya podría besarla y acariciarla, consumir el amor tan sublime que las unía desde su nacimiento y volver a ser un único y perfecto ser.

Una anciana que buscaba hierbas medicinales encontró a la pequeña Lluvia llorando de hambre sobre un lecho de aromáticas hojas de eucalipto. La mujer, conocida en el pueblo por la sabiduría que le daban sus muchos años, supo enseguida que aquella niña no debía ser violentada con el agua bendita de la iglesia del pueblo. Aunque nada difería ese bebé recién nacido de los muchos otros que había ayudado a nacer, la anciana comprendió que dentro de su diminuto cuerpo moraba un espíritu antiguo, un espíritu sabio que no necesitaba redención. Por eso, en lugar de llevarla a la inclusa, donde a bien seguro la hubiesen matado de hambre y desamor, la escondió en su cabaña, aislada del mundo, y la alimentó con los brebajes mágicos que ella misma preparaba. En lugar de leche, Lluvia se nutrió con la sangre caliente y el tuétano de huesos que su protectora extraía amorosamente de los animales del bosque cuando todavía estaban vivos. La anciana, además, no olvidaba rociar su cuerpo, cada mañana, con su aliento de bruja, para darle la fortaleza que sus deseos de venganza necesitaban. Después, la bañaba en el lago de las aguas muertas, mientras cadáveres de animales flotaban a su alrededor, y frotaba su cuerpo diminuto con el verdín que cubría los despojos.

Así creció Lluvia y, en tan sólo diez meses, adoptó el cuerpo de una joven de quince años, una joven idéntica a su madre, la infortunada Aurora. Tan sólo su cabello, que no era blanco, sino negro como el bosque prohibido que le vio nacer, le distinguía de ella. Tal como Bosque había vaticinado, la pequeña Lluvia tenía el mismo cuerpo blando, la misma piel satinada, los mismos ojos violetas y la misma sed de venganza que su hermana.

Cuando la niña se quiso ir, la anciana no intentó retenerla. Tampoco la besó, porque sabía que no era amor lo que necesitaba esa ninfa, tan hermosa y maligna como un rayo en la tormenta. Tan sólo le llenó el zurrón con hierbas amargas y cubrió su cuerpo tentador con uno de sus vestidos andrajosos para que ningún hombre reparara en ella.

Y Lluvia emprendió el camino que un día realizó su madre, partiendo desde el bosque prohibido hacia la casita de juguete, con la determinación de un demonio azuzado por la rabia de Dios.

Aurora pasó todo este tiempo hibernando en su casita de madera. Sabía que el Pastor no tardaría en llegar, pero le resultaba imposible escapar. Ya lo había hecho antes y, en su huída, tan sólo había encontrado hambre, frío y soledad. Lluvia era tan sólo un recuerdo cada vez más lejano y las promesas que le había hecho Bosque, palabrería sin sentido. En la mente de Aurora, tan sólo había espacio para una idea: el castigo que había recibido para purgar el pecado original, el dolor y la humillación que recibía cada vez que el Pastor la visitaba. No tenía sentido escapar, ni resistirse, ella merecía todo ese sufrimiento, aunque no entendía por qué. Era el único sentido que tenía su vida: esperar a que llegara el día de su Primera Comunión.

Y ese día llegó. Lo supo cuando las ardillas desaparecieron del bosque, cuando la alondra chilló con dolor. El Pastor estaba cerca, ya de divisaba por el camino. No tardaría en llegar y, con él, sus ansias de castigarla, de redimirla abriendo su carne, partiéndola en dos. Aurora se bañó en el lago y perfumó su cuerpo con hierbas aromáticas. Se despojó de sus andrajos y se tendió, desnuda, en el lecho de heno donde el hombre la violentó por primera vez. Estaba dispuesta a sufrir, estaba dispuesta a morir.

Cuando el Pastor llegó, respiró con voluptuosidad el olor a hierbas y a hembra que llenaba la casita de muñecas. El cuerpo de Aurora, blanco, impoluto, tendido sobre el mullido lecho, le cegaba con su rotunda belleza. La maternidad había ensanchado sus caderas de niña y sus senos, llenos de la dulce leche que no pudo ser vaciada, excitaron su instinto de cazador.

Pero, esta vez, el hombre quiso retrasar al máximo la sagrada ceremonia del placer y cerró los ojos para poder concentrarse en su tarea. Cubrió la cabeza de la niña con una capelina de algodón blanco, tal como mandan las Sagradas Escrituras y, le colgó del cuello un rosario de nácar, que bailaba entre sus pechos desnudos como un adorno sacrílego. Le hizo arrodillarse sobre el suelo y, entre sus manos, le colocó un pequeño misal de finas hojas doradas.

El Padre leyó la Biblia durante largos minutos. La interminable cantinela de extrañas palabras en latín sumieron a la niña en un estado de duermevela. Las rodillas, desnudas sobre el nudoso suelo de madera, le dolían insoportablemente. Aurora sólo quería acabar, de una vez por todas, con su sacrificio. Sabía que, después de ser violentada, el Pastor acabaría, finalmente, con su vida y, como no deseaba otra cosa desde que fue humillada por primera vez, ansiaba que llegara ese momento.

Cuando el hombre terminó su salmodia, extrajo, de una caja de plata, la hostia bendecida. Pidió a la niña que abriera la boca y, una vez introducida la sagrada oblea, la besó. Aquel era el principio de su agonía, el aviso de que el imparable río del hombre salvaje estaba a punto de romper su dique, de rebasar su cauce.

Pero, fuera de la casa, el bosque entero conspiraba en silencio. Lluvia, tras largos días de camino, acababa de llegar.

Antes de entrar, la pequeña se quitó su zurrón de hierbas amargas y se despojó de los harapos que le había puesto la bruja. Todavía más hermosa que su madre, la niña irrumpió en la casita en el mismo momento que Aurora recibía el miembro caliente en su interior. El Pastor, sorprendido y cegado por la belleza de esa extraña niña de largos cabellos negros, tan parecida a la mujer que en aquellos momentos sufría bajo su cuerpo, alargó su brazo velludo hacia la nueva víctima. Pero Lluvia dio un paso atrás, zafándose de su abrazo, sin dejar de mirarlo directamente a los ojos y sonreír. Esa enigmática sonrisa inquietó al Pastor, pero no se amilanó por ello. Nuevamente intentó agarrarla, pero la niña dio otro paso atrás, alejándose un poco más.

Fue entonces cuando el hombre reparó en los pies de Lluvia, unos pies pequeñísimos y sucios de barro que, inexplicablemente, estaban a un palmo del suelo. El Pastor comprobó con estupor que la pequeña flotaba en el aire, como aquellas imágenes de la virgen María que tantas veces había visto en los retablos de la iglesia. Pero el hombre, cegado por la lujuria, atribuyó esas visiones a su estado de gran excitación y no cejó en su empeño de disfrutar de ese cuerpo que tanto le atraía. Se frotó los ojos y salió del cuerpo de Aurora, dejándola casi inconsciente en un rincón.

Embrujado por la extraña belleza de la recién llegada, alargó de nuevo su mano para acariciar su blanco pecho. Pero cuando logró tocarla, la mano se le hundió en su cuerpo, que, todavía a medio formar, era tierno como arcilla fresca, y, al extraerla, comprobó con horror que estaba llena de sangre. Miró a Lluvia a los ojos, intentando buscar una respuesta, pero la niña seguía sonriendo, con una inescrutable expresión en su rostro de cera. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo allí? ¿Estaba siendo objeto de un encantamiento? ¿Eran aquellas mujeres tan hermosas herejes o, peor aún, terribles hechiceras? El Pastor, consciente por fin de que su vida corría peligro, se dio la vuelta e intentó escapar, pero la imagen de Lluvia apareció súbitamente en la puerta, franqueándole el paso. El hombre fue entonces hacia una de las pequeñas ventanas, pero la niña también se materializó delante de ella. Desesperado, dirigió su mirada hacia la chimenea y Lluvia volvió a aparecersele y así en todos los rincones de la casa. Era imposible escapar.

Cuando se vio acorralado, el pastor no vio otra salida que abalanzarse sobre Aurora, que todavía estaba tendida sobre el jergón de heno, para amenazar a Lluvia con acabar con su vida pero, nuevamente, Lluvia se interpuso entre los dos. Con los ojos desorbitados, el Pastor se arrodilló en el suelo, implorando perdón.

Cuando llegó ese momento, Lluvia y Aurora posaron sus manos unidas sobre la cabeza del hombre, iniciando así una ceremonia sin palabras. El gran sacrificio estaba a punto de empezar.

Bosque y los pequeños animales pudieron escuchar entonces los gritos más desgarradores que habían oído jamás. Eran los gritos del hombre malo expiando dolorosamente sus pecados.

Sus verdugos no fueron otros que las almas más puras de la creación.

Cuenta la leyenda que en el Bosque de los Lamentos viven dos ninfas. Se llaman Lluvia y Aurora y aparecen siempre que sufre una niña.

Las parteras que ahogan a las recién nacidas y los padres que sumergen sus cuerpos en el lago, son castigados por sus etéreas manos blancas. Y qué decir de esos hombres que, tentados por los cuerpos tiernos de las muchachas todavía púberes, rasgan su inocencia y hunden su vergüenza en sus carnes dulces. Esos hombres tienen el peor de los castigos, un tormento tan sólo igualable a las torturas que se infringen en las zonas más oscuras del infierno.

La venganza de las ninfas es temida por todos menos por las niñas buenas. Ellas saben que sus oraciones siempre son escuchadas, y que una sola queja de sus labios puede encender la ira del bosque. Las ardillas, las alondras, los mismos árboles, hacen llegar a las ninfas el dolor de su corazón y ellas vuelan raudas para curar sus almas y castigar a sus verdugos.

FIN